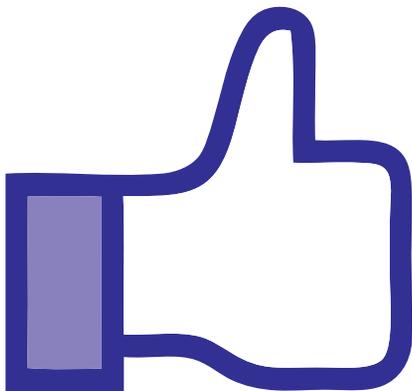


¡Ah!, qué tiempos, señor don facebook

Enrique González Ortiz
Consultor de M & G Consultores



QUE SE VA A ACABAR EL TIEMPO, el mundo, que entraremos en otro plano, pasaremos a otra dimensión, se marca el fin de este tiempo y el inicio de una nueva era...

Lo que queda en muchos es la incertidumbre de qué hacer con nuestro tiempo y con nuestra vida, la búsqueda de trascender como mejor podamos, ya sea que esto se acabe o continúe; lo cotidiano es en donde damos sentido a nuestra existencia, y para los académicos la universidad es un ámbito fértil para el encuentro de ideas y conocimiento, excelente momento para reflexionar sobre el lema "Casa abierta al tiempo".

Se dice que la historia es una espiral y que se repiten las situaciones, asunto que la realidad nos muestra como totalmente cierto.

Parece como si el tiempo que estamos viviendo fuera la vuelta de rosca que nos tiene a la humanidad de nuevo en el Renacimiento (aunque 500 años después), una época y un mundo en el que sí hay cosas nuevas bajo el sol, la competencia de la creatividad florece por todas partes, la tecnología y la humana capacidad de las personas están inventando y descubriendo el mundo otra vez, y como en aquel

entonces, las ideas y criterios de unos grupos o personas chocan con las ideas y criterios de otros.

Por la edad y la formación profesional, muchos académicos de la licenciatura en Diseño Industrial tienen el privilegio de poder mirar al mundo con dos perspectivas que parecen excluyentes, aunque en realidad son derivadas una de la otra y enteramente complementarias en un continuo del tiempo que avanzó más rápido que de costumbre. Por un lado, se observa al siglo xx que se trazó en gran parte en máquina de escribir y a lápiz, por el otro, vivimos intensamente este siglo xxi, que es hijo de la computadora y la tecnología. Ejemplos claros hay en la música, los aparatos electrónicos, la manera de diseñar, las formas de ser creativos.

Este cambio, parteaguas, dicen los teóricos, desgraciadamente enfrenta dos maneras de pensar y entender a la humanidad: parte de la desgracia es que una descalifica a la otra en lugar de ser un punto de acuerdo y conciliación. No resulta extraño escuchar que alguien defiende "su tiempo" como mejor al de su hipotético antagonista.

Toca a los académicos convivir diariamente con los alumnos por descifrar (que en muchos casos desconocen cómo se hacía todo antes), lo cual implica un trabajo cotidiano de actualización tecnológica, lingüística, estética y metodológica... (Aquí cada quien pone sus ejemplos); este diario andar ofrece el valor del enriquecimiento sobre cómo piensan y viven los jóvenes y especialmente el saber cómo se comunican.

La dificultad de comunicación e información entre generaciones diferentes no es un conflicto desconocido, lo que sucede es que ahora se ha sofisticado: los jóvenes están hipercomunicados, las redes sociales y la tecnología han creado códigos y recursos nuevos e inmediatos, se trabaja y se estudia a otros ritmos, se piensa y se vive a otra velocidad, los mensajes son sintéticos, la información y el contacto son globales y casi instantáneos y a veces es sólo cuestión de segundos lo que se necesita para conocer qué sucede al otro lado del globo terráqueo donde de noche cuando acá es de día y viceversa. Hay nuevos mundos virtuales y de fácil acceso; allí gente como uno se relaciona de manera cotidiana con nuevas posibilidades. Estamos viviendo otro renacimiento maravilloso y sorprendente cada día, algo así como la construcción de la otra mitad del medioevo en el siglo xxi.

Comunicarse eficientemente puede volverse un reto para las nuevas y las viejas generaciones que entienden, observan y ven la





realidad de manera diferente, y cuando digo viejas hablo en algunos casos de personas de 40 años de edad o menos, en una sociedad que responde cada día más a lógicas nuevas de pensar y hacer.

He participado en charlas en las que académicos hablaban de terminar su clase satisfechos porque se prepararon, documentaron, realizaron material didáctico y expusieron su materia adecuadamente pero, en el momento de la retroalimentación con el grupo, la respuesta que recibieron fue nula o mínima.

No queremos que esto suene a drama o victimización, ¡no!; sin embargo, lo que hoy nos ocupa es lo que sucede al académico que llega a sentirse confundido, perdido, enojado y hasta desconsolado porque no encuentra sentido a lo que hace, pues su trabajo le parece vacío; estos predicamentos son algo que sucede a todos los seres humanos (y parece que comúnmente a los académicos). En este extravío suele suceder que se nos olvide para qué se está en la academia, frente a grupos, se pierde de vista el placer de compartir lo que se sabe con los alumnos, se deja de ver la vocación que los alimenta para acudir a exponer su clase.

También he participado en charlas entre alumnos que comunican su satisfacción o desagrado por tal o cual clase o materia; ellos interactúan y se relacionan con sus códigos y rituales en grupos que tienen sus dinámicas y reglas particulares; no obstante, se comunican y lo hacen eficientemente con dibujos, señas, pocas palabras, adjetivos, claves, miradas, y a veces un simple movimiento de cabeza o de ojos dice todo.

Lo que queda como oportunidad es que sí existe comunicación y desde luego existe el académico que se comunica eficientemente con sus alumnos en grupo y de persona a persona.

¿Dónde está la clave de la eficiencia al comunicar e informar?

Debemos partir de la premisa de que *siempre se comunica*, nuestras acciones, movimientos, actitud corporal, gestos, ropa y desde luego nuestras palabras lo hacen. Lo que debe quedar claro es que a veces se quiere comunicar una cosa y el receptor entiende otra muy diferente, en este caso no se es consciente de lo que se comunica y de lo que se trata es de lo contrario, del tener totalmente claro qué se está diciendo y cómo se está haciendo.

No se trata de asumir actitudes juveniles o de expresarse como los jóvenes; la respuesta no está en ellos, se encuentra en nosotros, en lo que somos, lo que creemos, lo que sabemos y... lo que podemos aprender; por ejemplo, cómo funcionan las redes sociales, entender que los jóvenes han crecido en un mundo que responde más a los

estímulos visuales que en otros tiempos, que las nuevas tecnologías han evolucionado con ellos y que pueden prestar atención por horas a un monitor, y saber que ese puede ser un recurso eficiente de contacto con ellos; ya queda en cada quien darle personalidad a su manera de comunicar utilizando herramientas que la ciencia y la informática nos ponen a la mano.

Lo anterior se conoce como *canales de comunicación*. Se puede tener un mensaje muy bien organizado en su contenido y la forma en que se presenta, pero se requiere un *canal*, un camino que lleve y traiga de manera eficiente los mensajes que emitimos y que recibimos para poder establecer una *comunicación efectiva*. Ésta es la capacidad y poder de expresar, de ser entendidos y recibir la respuesta congruente a nuestros mensajes en un continuo real y verdadero; la pregunta es ¿cómo se logra establecer comunicación efectiva con el mundo, los alumnos, nuestros compañeros de trabajo, en la casa, en cualquier ámbito de la vida? Gran parte de la respuesta se encuentra en el ser y comportarse de manera *asertiva*.

Asertividad es una forma de expresión consciente, congruente, clara, directa y equilibrada, cuya finalidad es comunicar nuestras ideas y sentimientos y defender nuestros legítimos derechos sin la intención de herir o perjudicar, actuando desde un estado interior de autoconfianza, en lugar de la emocionalidad, limitante típica de la ansiedad, la culpa o la rabia.

Es importante tener claro que no es lo mismo oír que escuchar; oír se remite a percibir sonidos, escuchar es poner atención a lo que se oye, implica un esfuerzo intelectual y de atención para entender lo que el otro expresa, para esto podemos aplicar la *escucha activa*, concepto que se refiere a poner todos los sentidos en atender lo que la otra persona dice, considerar sus palabras, sus gestos, su actitud corporal y con esto mejorar la comunicación, esto es, tener concentración total en el interlocutor para no distraernos y recuperar el mensaje de manera correcta y con la intención con la que nos es dicho.

El objetivo es escuchar y ser escuchados, comprender y ser comprendidos para establecer relaciones saludables y positivas con todas las personas, y la universidad es el ámbito idóneo para la apertura a las ideas, la diversidad y el conocimiento, la manera en que se vive y se piensa en todas partes y en todas las épocas de la historia, de esa manera se puede vivir activamente el principio de una "Casa abierta al tiempo".•